



**1-** Mojar abundantemente el papel, en su totalidad o solo alguna parte, para jugar con zonas húmedas y otras secas (a elegir).

Cuando el agua empiece a perder el brillo, depositar sobre el papel pigmento, más o menos aguado o puro, y dejar que éste juegue libremente con el agua del papel.

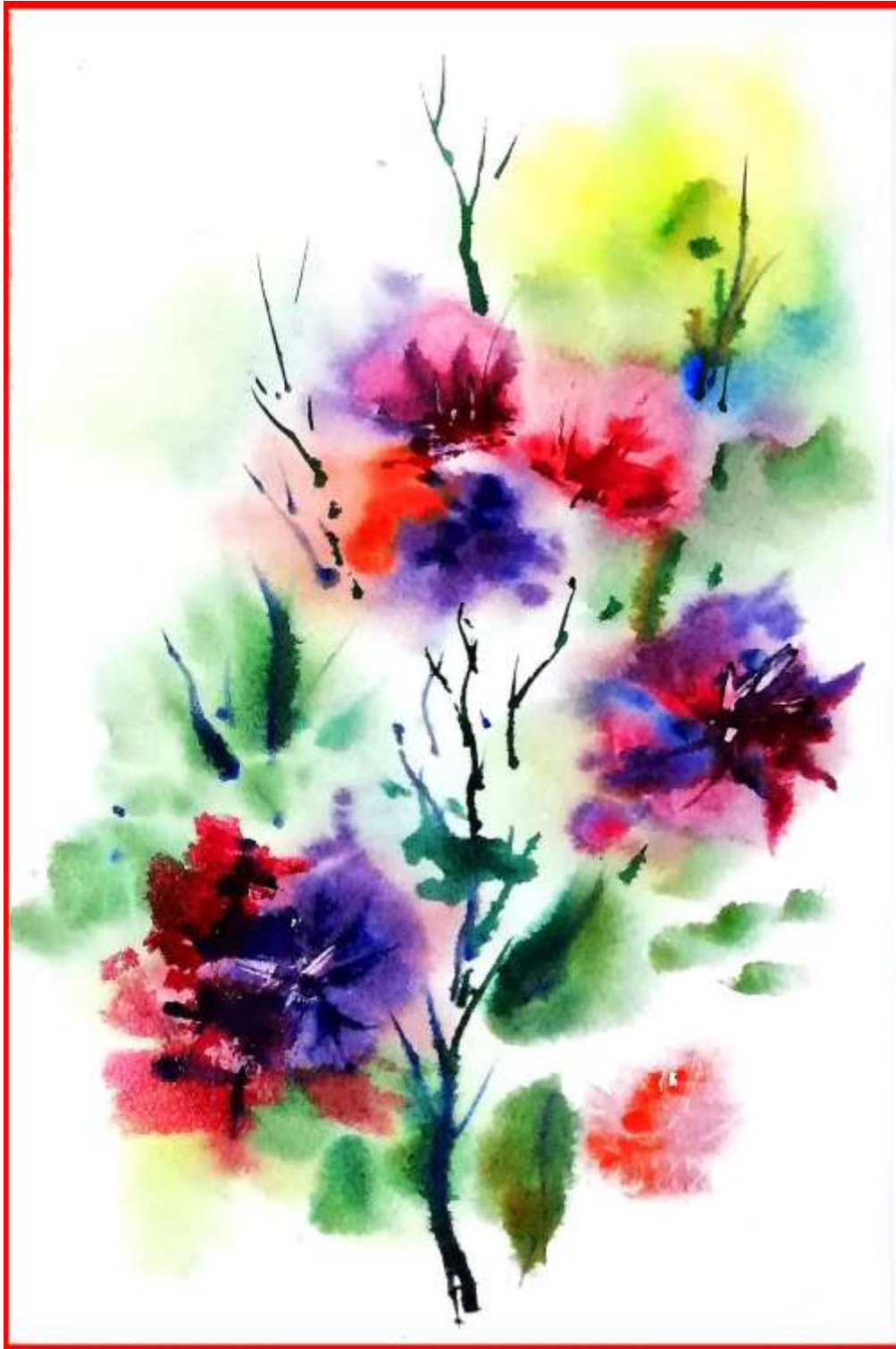
No insistir demasiado en dirigir las pinceladas, ni “machacarlás” repetidas veces.

Confiar en que el agua sabrá pintar mejor que nosotros.



**2-** Seguir añadiendo pigmento libremente, dejando que fluya a su aire. Cada vez la densidad del pigmento debe ser mayor.

No “remove” las pinceladas, para que los colores no se mezclen excesivamente y se empasten. Dejar que se mezclen por si solos con el agua. Las ayudas con el pincel deben ser mínimas.



**3-** Según se va secando el papel, añadimos pigmento cada vez más puro, para conseguir mayores contrastes y que la mancha no se siga fundiendo tanto.

Podemos aprovechar para sacar algún blanco, si vemos que nos puede interesar, sin abusar.

Con el papel prácticamente seco, añadimos algún grafismo (pocos) que refuerce los contrastes y le dé sentido al ejercicio.